

BIBLIOTECA NACIONAL



0503710

Aste 11(887-68)



Biblioteca Nacional DE CHILE

Volumenes de esta obra.....

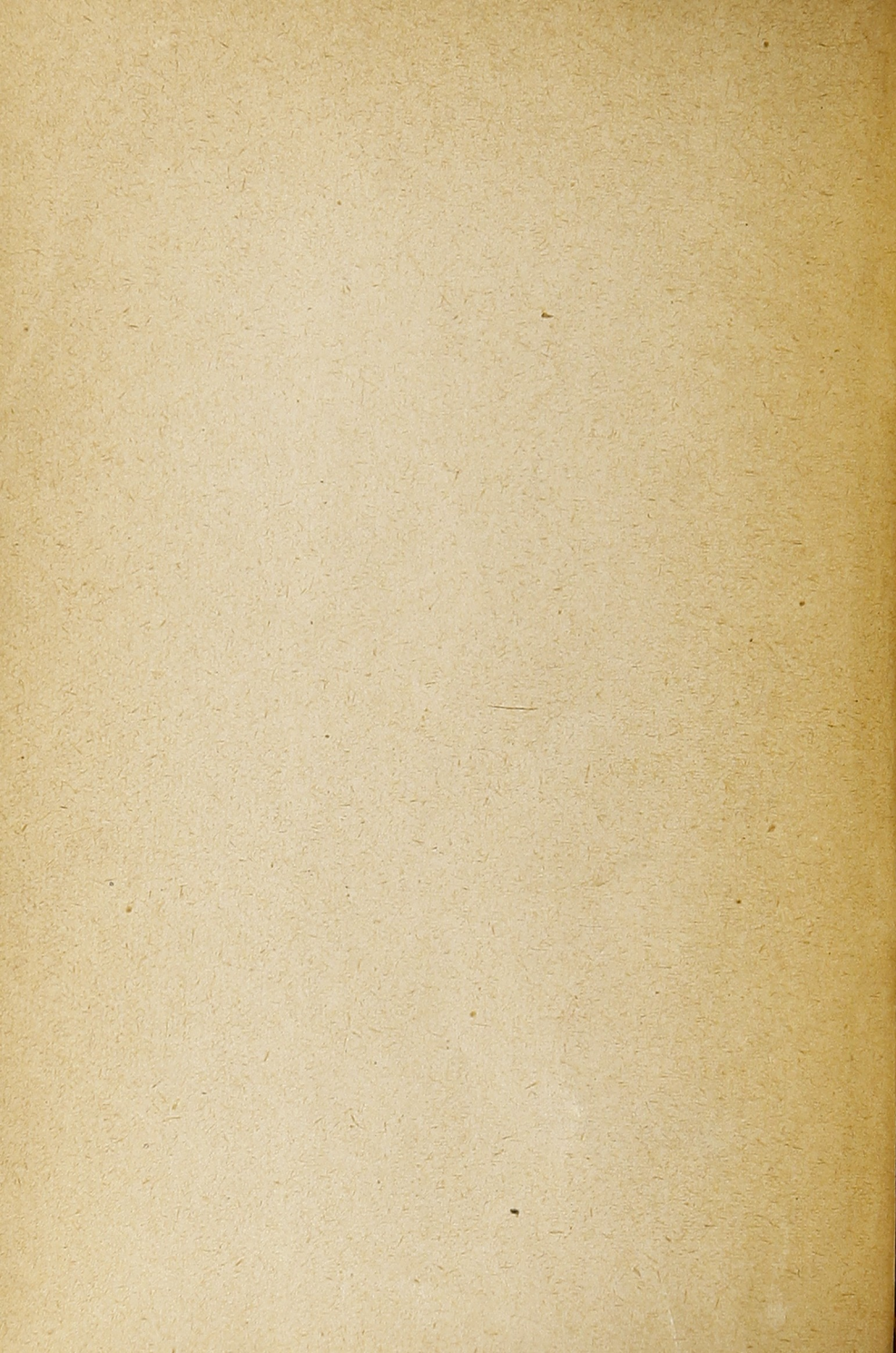
Sala en que se encuentra.....

Tabla en que se halla.....

Orden que en ella tiene.....

1
9
3204
54

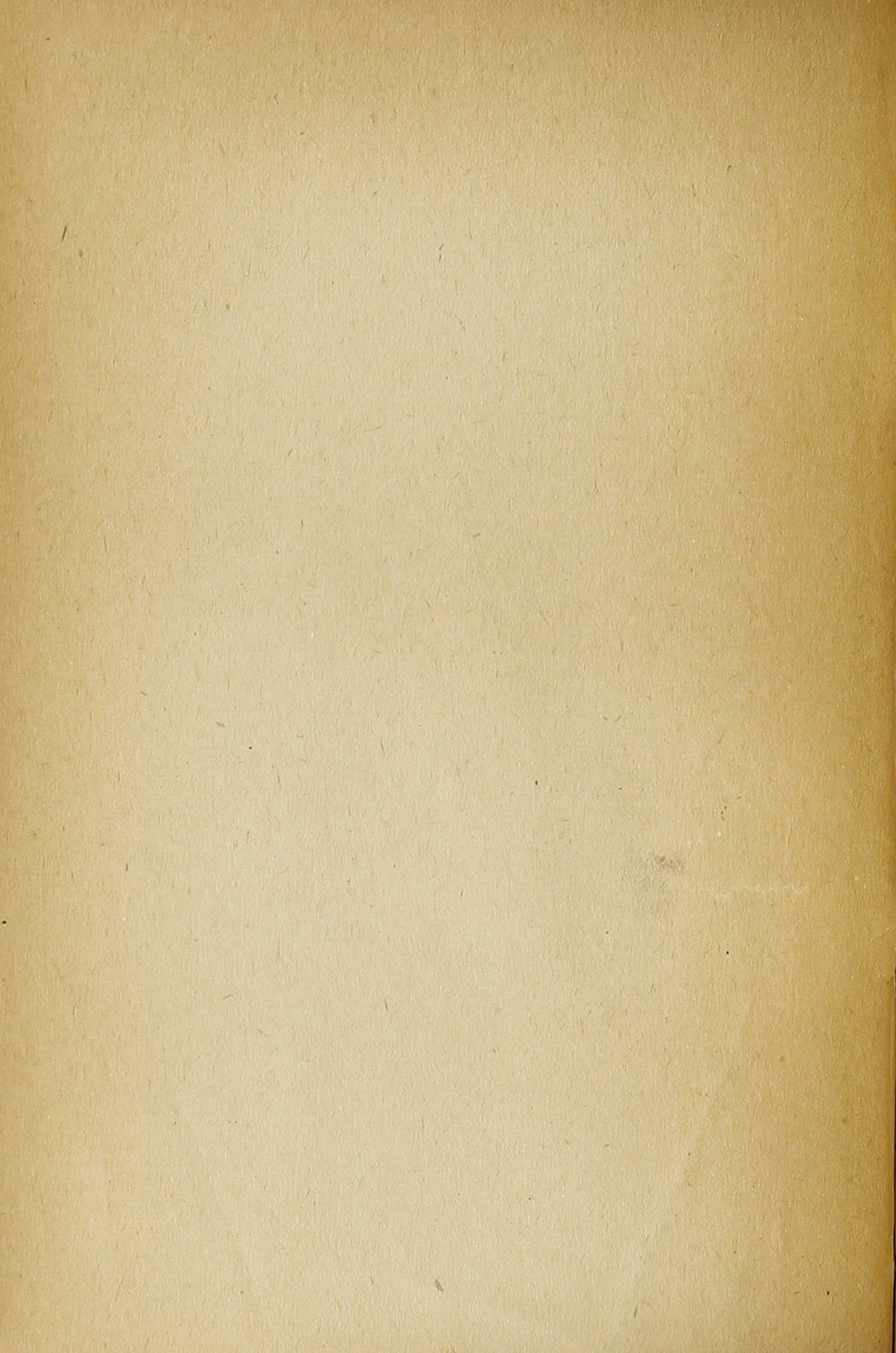
9(324-54/)



-1-

27.

80



FUÉ ASÍ...

MARÍA MONVEL

FUÉ ASÍ...

SANTIAGO - CHILE
EDITORIAL NASCIMENTO

AHUMADA, 272 - CASILLA 2298

1922

Los poemas del último amor

El roce invisible de mi amor perdido
buscó los caminos de su corazón,
y para escucharlo se tendió su oído...
¡y así fué el milagro de mi último amor!

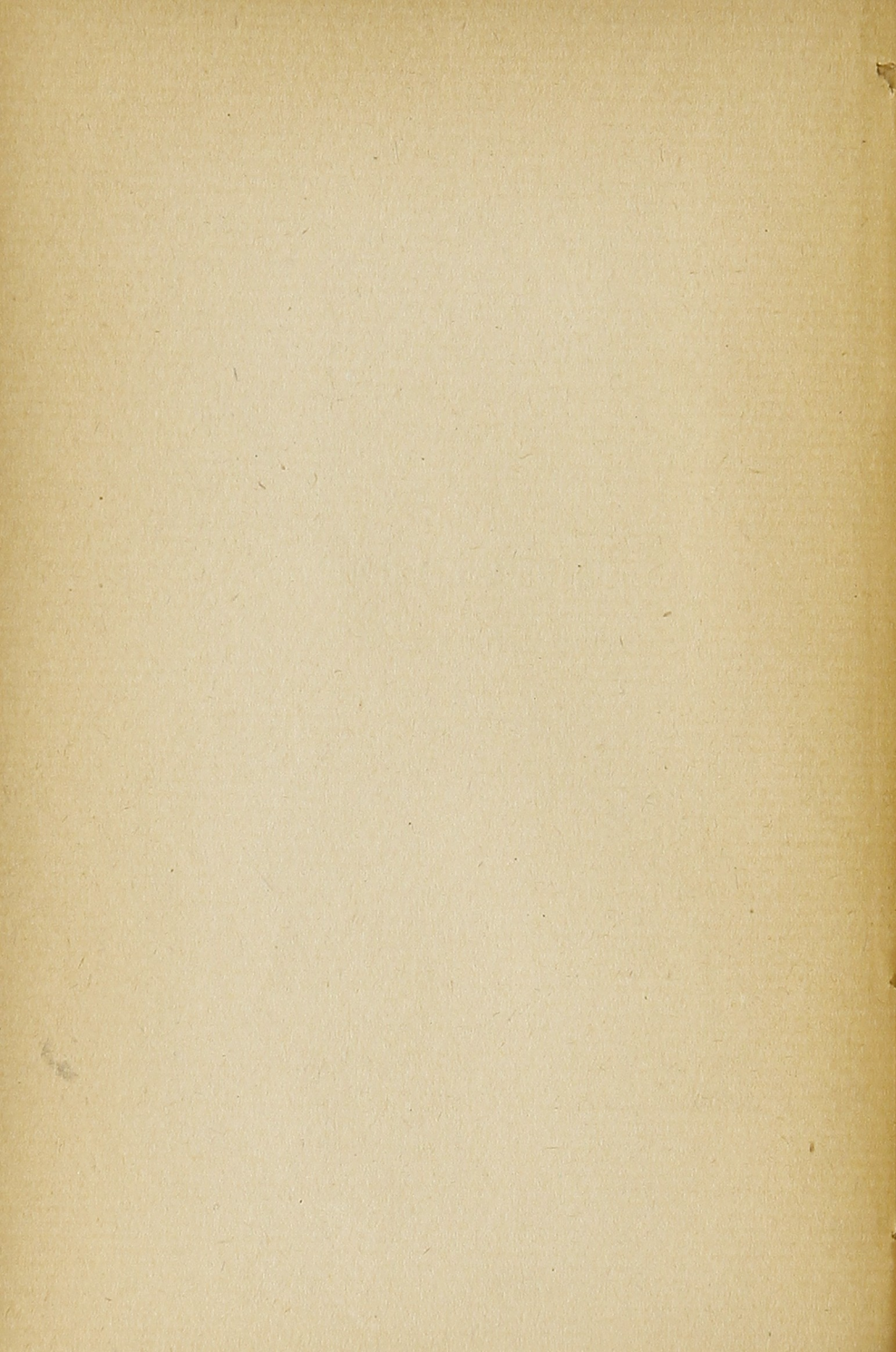
Amor que ha florido milagrosamente
con cerco de espinas y vicisitud,
con raíz de llantos y de desencantos
y es opimo fruto de mi juventud.

En su dulce boca de artista y de santo
la exprimiré toda para su gozar.
Para bien amarle he amado antes tanto,
y canté antes para saberle cantar!

Porque viví ciega de mis desalientos
me he quedado en éxtasis, muda de fervor
con los luminares de sus pensamientos
en el joyel áureo de su corazón.

Cien amores pesan en mi desventura,
cien amores para dudar del amor,
y hoy le siento y canto, hoy me abrasa y canto
estos los poemas del último amor...

Yo miré las horas . . .



Yo miré las horas pasar solamente,
mis manos pequeñas nunca hicieron nada.
fuí extática y triste, fuí absorta y helada,
pero tuve sueños audaces y ardientes.

No jugué de niño, tu ya lo dijiste.
mis años de infancia pasaron esquivos,
sin pensar en nada, siempre pensativos
con las manos quietas y el corazón triste.

¡Coge entre las tuyas estas manos mías!
Un soñar eterno las ha vuelto hermosas:
finas, porque nunca fueron hacendosas
y pálidas, porque siempre fueron frías.

Mira en mis pupilas inefables lagos,
tumbas de memorias, cráteres de abismos
donde se han perdido mis romanticismos
sin guardar recuerdo, ni dejar estragos.

Mira en la apariencia frágil de mis ojos
espejos audaces, como roca duros.
En ellos no hay huella de mis sueños puros,
ni hay en ellos huella de mis sueños rojos...

Cristales que nunca trizó piedra alguna
de aquellas que el odio lanzó con su mano,
han, como de niño, su fulgor lejano,
han como de niño, su dulzor de luna...

Yo no fuí al encuentro de ningún destino,
más cuando el destino pasó por mi lado,
cuanto amor se trajo me lo he reservado.
¡Lo demás, en cambio, se fué como vino!

Nunca en la alta noche me creí perdida.
Mientras era lóbrega, mientras daba espanto
yo no me deshice, como un niño, en llanto
y a la misma muerte le pedí la vida;

Quizás si las penas me hicieron más grave,
quizás si pulieronme, cual claro diamante:
más grande los ojos, más fino el semblante.
me han vuelto más frágil y también más suave.

Las penas sufridas no me han amargado,
ni el llanto llorado me ha vuelto más triste.
Soy tal como aquella que tú conociste
sin amor: la misma con haber amado!...

Y para amarte así...

Nunca ya un tal amor incendiará mi vida:
para quererte así me declaro vencida.

Cual racimo exprimido en un vaso de arcilla,
así en la tuya ruín, mi alma pura y sencilla

dejó su jugo dulce... ¿Qué podré darte ya
de cándido, de nuevo, de virginal?... Está

mi corazón marchito, marchito!... Vé a buscar
una novicia ingenua en el arte de amar.

El no era digno, es cierto; pero entonces la vida
no me había enseñado que puede ser fingida

la exaltación más loca de amor... Mentira vil
la querella más dulce y el beso más gentil...

Hoy, lo sé todo. Acaso yo también he fingido
y mis ojos, mi boca, mi sonrisa han mentido.

Alguna vez, quién sabe si una lágrima ardiente
me hizo, siendo culpable, pasar por inocente.

Sé el registro total de mi voz porque pueda
ser, a mi voluntad, amarga, dulce o queda...

Tu eres muy grande y noble, y él era infame y necio
a ti te admiro tanto como a él le desprecio.

pero no hay dos amores iguales en la vida,
y para amarte así me declaro vencida!

A pesar . . .

Hay en tus labios un acento puro
de amor y de verdad.
Tal vez como me quieres, nunca nadie
me ha querido jamás;
pero a pesar de todo, aquí en el pecho
mi corazón inquieto está.

Hay en tu mano al estrechar la mía
un no sé qué de dulce y de leal,
que es como una caricia y un amparo:
algo de amor con algo de piedad...
pero a pesar de todo aquí en el pecho
mi corazón inquieto está.

Tus ojos en mis ojos se han posado
 llenos de ensueño y de humildad,
pero los ojos míos no se alegran...
 ¡están tan habituados a llorar!
y aquí en mi pecho el corazón inquieto
 a pesar mío está!

Tu sol no puede florecer mis rosas:
 se ha helado mi rosal...
Ya no podrán tus labios sonrosarme
 los lirios muertos de la faz.
La vida toda me anegó en acíbar...
 Tu amor no me valdrá,
porque a pesar de todo aquí en el pecho
 mi corazón inquieto... inquieto está!

Veinte años nada más . . .





Veinte años nada más...
y un alma inquieta y dulce
y un corazón sin par.

Veinte años nada más...
Roja sangre en los labios,
blanca nieve en la faz.

Veinte años nada más...
Carnes de nardo, finas,
ojos verdes de mar.

Veinte años nada más,
¿Y hay quién, muchacha hermosa,
osa te condenar?

¡Bésale bien y más!
¡Los labios bellos tienen
derecho de besar!

Confidencias

Cabellera rubia, cabellera negra,
blanca piel de armiño, suave piel morena,
ojos claros y ojos negros de tinieblas.

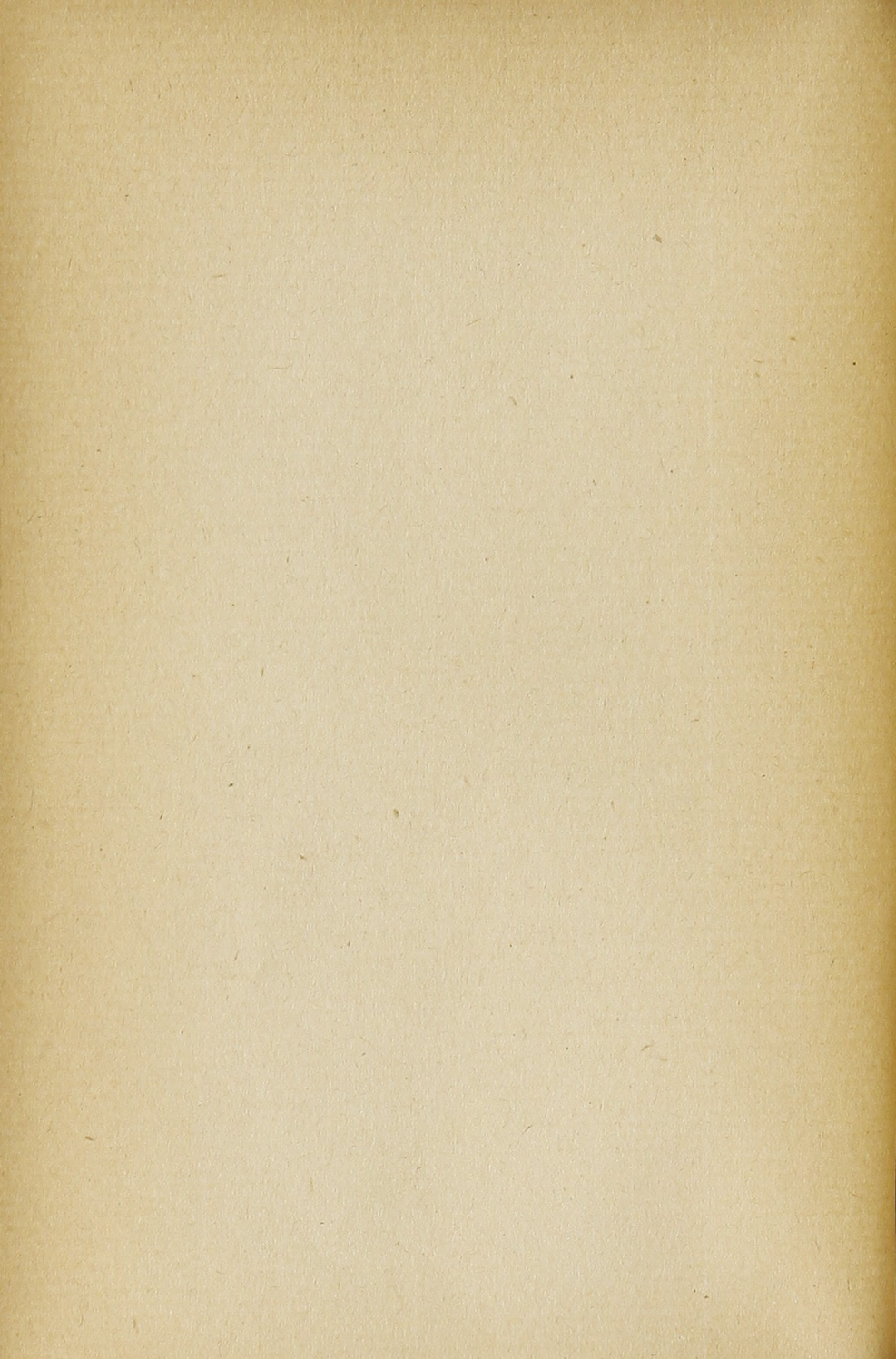
Tocas de oro y ébano portan sus cabezas,
rosas matinales sus mejillas frescas,
casada está una, la otra es doncella...

Mientras jubilosa prosigue la fiesta,
¿por qué a sus galanes con porfía dejan
para urdir el hilo de sus confidencias?

¿El novio de una no vino con ellas?
¿El dueño de otra ya le causa penas?
¿Dícense alegrías o cuentan tristezas?...

A los caballeros el despecho enerva,
mientras tejen ambas con su voz de seda
la madeja arcana de sus confidencias...

Como quieren los niños buenos



Como quieren los niños buenos
yo te querré toda la vida:
humildes los ojos serenos
con humildad desfallecida.

¡Dolor del goce de quererte!
Lloraré más que si sufriera.
Tendré deseos de la muerte
mientras más sienta que te quiera!

Se hará de nardos mi mirada,
y en mis dulces labios de flor
habrá dulzuras tu jornada,
¡dulzuras las del buen amor!

En tus blancas mañanas claras
repicará mi carcajada
como un collar de piedras raras
por hábil mano desgranada.

Yo besaré en silencio triste
tus pobres dedos buenos, míos,
cuando pidas lo que no existe
con infantiles desvaríos.

En tus silencios doloridos
deslizaré como una sombra
para que no haga ningún ruido
la planta leve por la alfombra...

La piedra dura que antes era
se hará de arcilla en tu camino.
¡Siempre seré lo que tú quieras!
Me moriré cuando te mueras,
y habré cumplido mi destino!

Soneto pueril

Mi corazón es casa de amores primorosa,
en ella tu alma inquieta puede colgar su nido.
Plena de luz de sol, es clara y armoniosa.
¡No ha de morir en ella tu amor recién nacido!

Corre fresca la brisa en su vergel florido
y en su jardín osténtanse la azucena y la rosa:
ternuras de la madre por el niño dormido
y cálidas y locas caricias de la esposa.

En mi casa de amores no hay caminos de olvido.
En ella crecerá tu amor recién nacido
y se hará un niño alegre y sonrosado y fuerte,

que para sus andanzas tendrá una senda única
por donde habrá de irse sin desgarrar su túnica
y en paz, hacia el reposo perenne de la muerte...

Renovación

Amor único mío,
de mi vida, amor bueno,
que haces de nuevo cándida mi alma,
mi cuerpo virgen y mis labios nuevos.

Maravillosa esponja
de mis dolientes desengaños fueros,
buen amor, el dulzor de tus palabras,
piadoso amor, la esencia de tus besos.

Milagro de milagros
que logras el renuevo
en el cristal oscuro de mis ojos
y en los claros cristales de mi pecho.

Fanal que me alumbraste
el perdido sendero
cuando más extraviada mi amargura
huía del dolor y hallaba el tedio.

Busqué con afán tanto
que encontré al fin mi premio,
mi buen amor, que transformaste en soles
las taciturnas sombras de mis duelos...

De mi vida amor último,
de mi alma amor primero,
me apegó a tu dulzura,
en tus brazos me estrecho
y así no tengo miedo de la vida
así no tengo miedo!

No entendió

No entendió mi cariño,
que era un amor de madre
y era un amor de niño.

No entendió mi ambición,
que si le hurtaba el cuerpo
le daba el corazón.

No entendió mi locura
que le abrazó las manos
sedienta de ternura.

No entendió mi martirio:
buscar, buscar un alma
con singular delirio.

No comprendió mi amor:
diamante bien pulido
con llamas de dolor.

¡No me comprendió nunca!
Y así fué como entonces
quedó mi vida trunca...

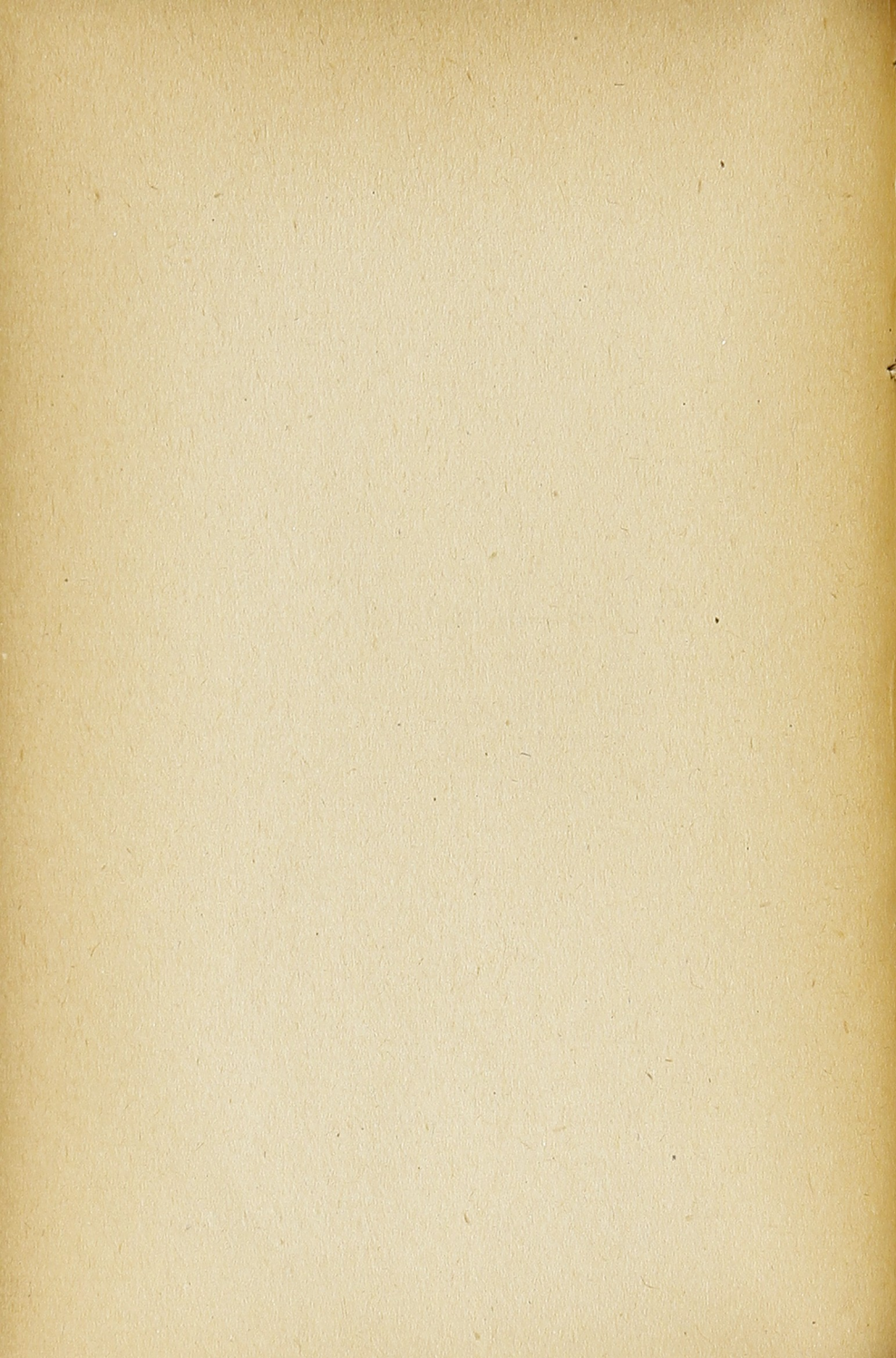
Cuando busqué sus labios,
me mordieron sus dientes
infiriéndome agravios.

Cuando busqué sus ojos,
me hirieron sus miradas
como dos dardos rojos.

Cuando busqué su pecho,
me asaltó su deseo
como huracán deshecho...

No me entendió... Partimos
por sendas diferentes
y... ¡ni adiós nos dijimos'...

Es tenaz mi esperanza



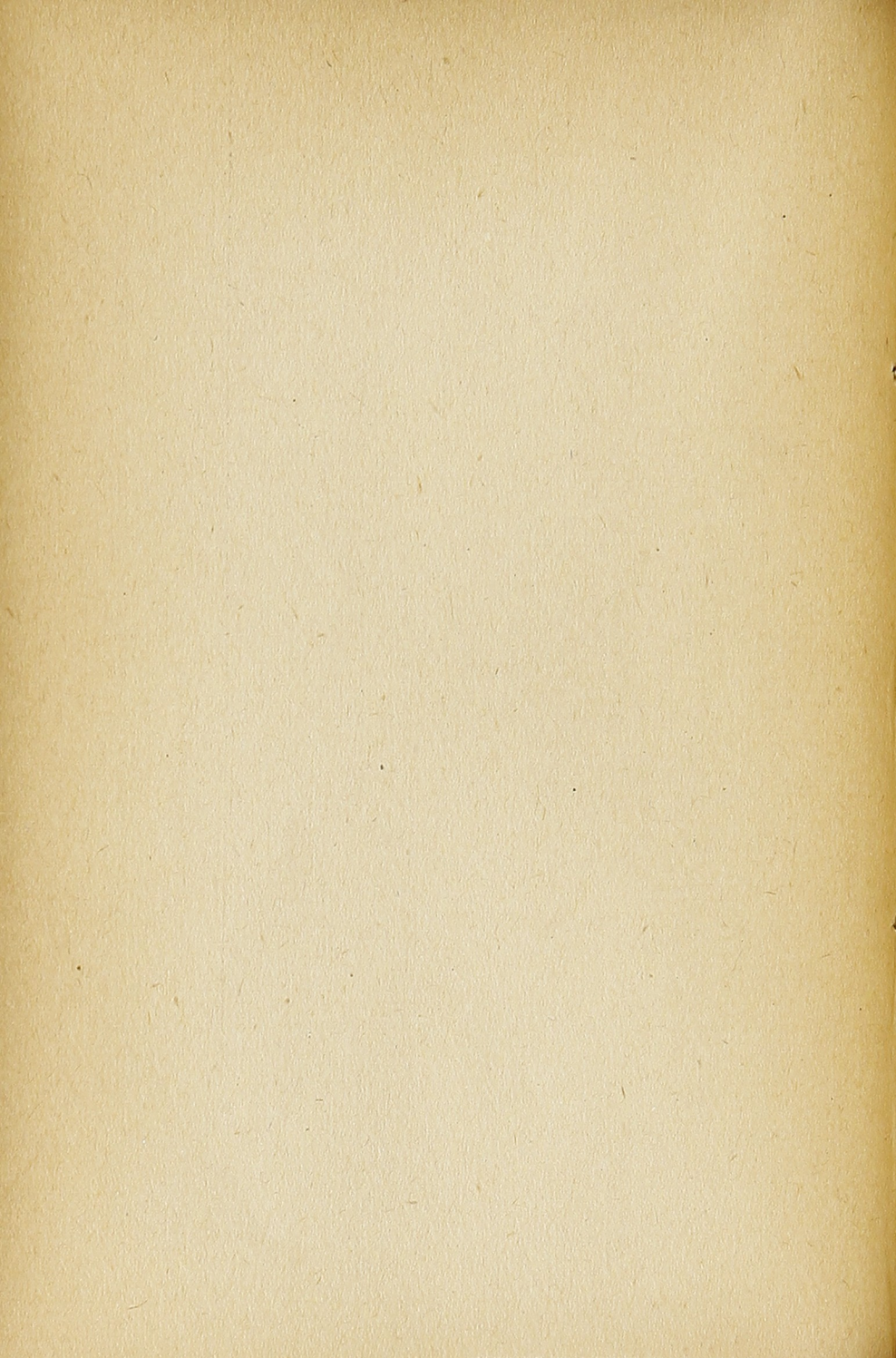
Es tenaz mi esperanza
como una llamarada,
que no amilana el viento,
que no decrece el agua...
Y es tan pura y tan fuerte
tan azul y tan cándida,
tal como una ancha vía
de estrellas para el alma...
Mi ser entero es una
inaudita esperanza!

.....
Más las angustias fueron
una vez tan amargas,
que por fin extinguieron
la luz de mi esperanza.

Mi vida quedó en sombras...
la noche fué en mi alma.

Viajero solitario,
a mi lado pasabas,
y me alzaste hasta ti
(curiosidad o lástima...)
Me clavaste los ojos,
los miré, y allí estaba
¡oh señor, la perdida
y loca llamarada!
Yo me abracé a tu cuello
para ver mi esperanza!

Su carta



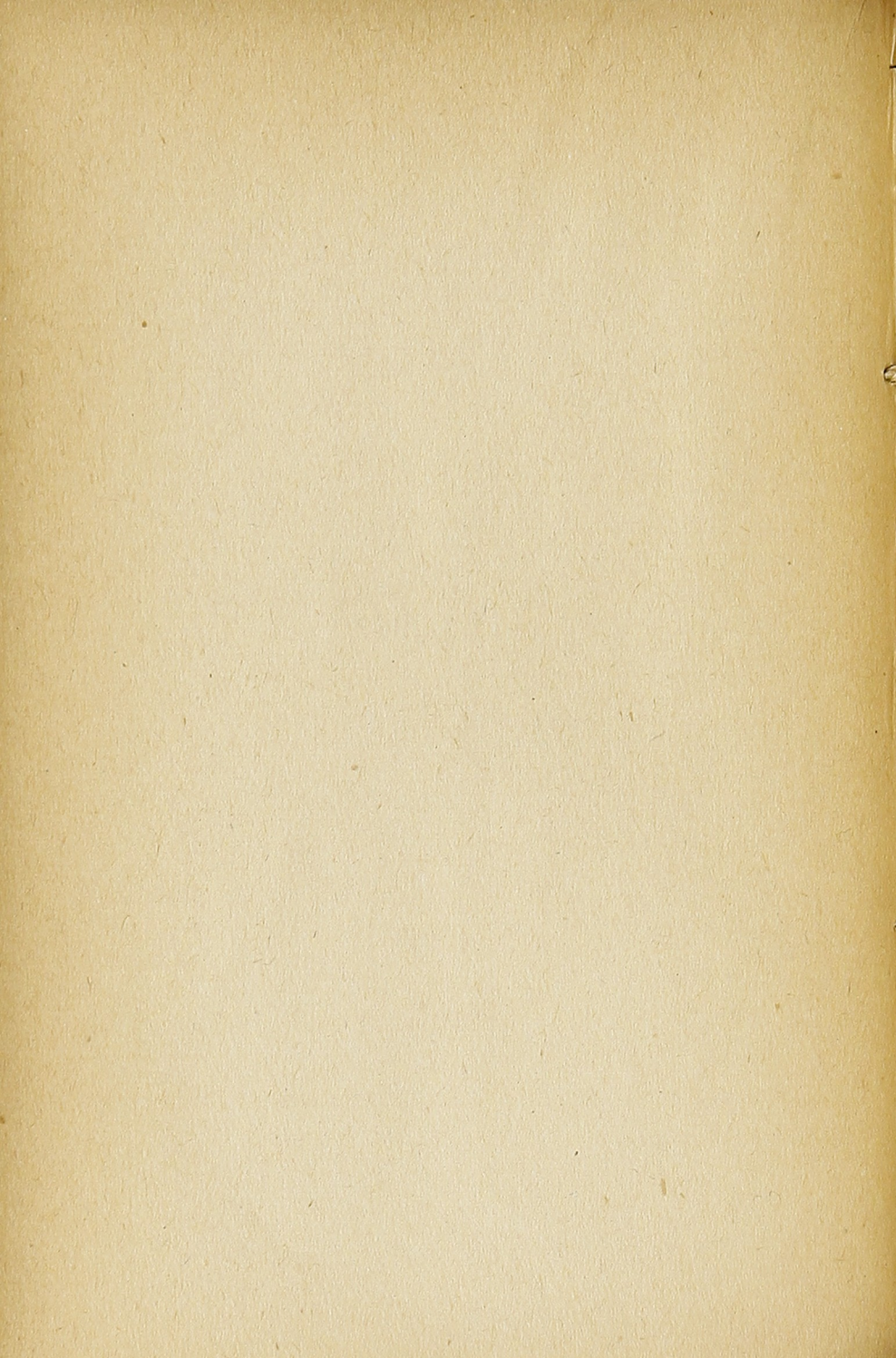
Amor en su carta, amor melancólico
que se expresa en dulces palabras tranquilas,
y que llega hondo y hace verter lágrimas
y me roza el alma como una caricia.

Le dejó la fiebre que encendió su sangre
y amagó su vida, tan extenuado,
que se afinó todo, su amor y su rostro,
su acento y sus labios, su pena y sus manos.

No hay pasión, no hay fuego, no hay vida en su
[carta,
hay amor de niño que sufre, y que pide
besos de su madre, y su carta es toda
suavísima, como ritornelo triste.

Leyendo su carta me deshago en llanto,
me ahogo en ternura... ¡Quién pudiera verle,
y estrechar sus manos que afiló el delirio,
y besar su labios que secó la fiebre!...

Feminidad



Vuelves a mí de nuevo, el alma entristecida,
el cuerpo mustio y sin vigor,
la fé perdida y la esperanza muerta
por el viejo refugio de mi amor.

... ¡Cómo sabes que todo puede faltarte, todo:
aquí los hombres, Dios allá,
pero nunca el albergue de mis brazos abiertos
que siempre te han de perdonar!

Yo sé muy bien que luego, cuando te deje libre
la garra aguda del dolor,
te irás en busca de otros placeres más ardientes
que los placeres tristes de mi resignación.

No tengo risa loca en los labios bermejos,
labios torpes, que nunca te supieron besar,
y sé que hallas monótona y triste la cantata
melancólica y tierna de mi felicidad.

Quizás si debería mi orgullo rechazarte...
¡Tanta injuria sufrida! Pero ¡ay! es tal mi amor,
que crece, crece, crece si tú sufres lo mismo
que si mi ser entero se hiciera corazón.

¡Eres tan mío cuando de un dolor grave herido
vuelves a mí pidiéndome perdón,
y es tan dulce, tan dulce perdonando al culpable,
y olvidando la injuria, asemejarse a Dios!

Me pesaba su nombre . . .

Me pesaba su nombre como un grillo de hierro,
me pesaba su nombre como férrea cadena,
me pesaba su nombre como un fardo en los hombros,
como atada a mi cuello me pesara una piedra.

Ya no está junto al mío la injuria de su nombre
y... me pesa.

Me pesaba su amor ambicioso y mezquino,
me pesaba su amor de deseo y de queja,
me pesaba su amor que más que amor fué odio,
su dignidad abrupta que más era soberbia.

Ya no tengo su amor, su dignidad, su odio
y... me pesa.

Me pesaban sus celos pendientes de mis gestos,
me pesaban sus celos candentes de tragedia,
me pesaban sus celos adustos, implacables,
envolviendo mi cuerpo con obscura sospecha...

Ya no tengo sus celos, su sospecha, su injuria
y ¡Dios mío! me pesa...

Meditación profana

Tiene un perfume raro, artificial, extraño,
el césped en el cual mi cuerpo se reclina,
y de mí se apodera, poco a poco, una dulce
voluptuosidad fuerte y desconocida.
Las puntas de los dedos se me aduermen, parece
que el aire mismo tiene suavidad de caricias
y por primera vez pienso confusamente
en el amor que habrá de fecundar mi vida...
Me abismo en un placer infinito ¡Saber
que al morir dejaré lo mejor de mi misma:
un hijo, fuerte como los robles en el bosque,
sabio, como un profeta en épocas antiguas,
y más dulce más dulce que la misma dulzura...!

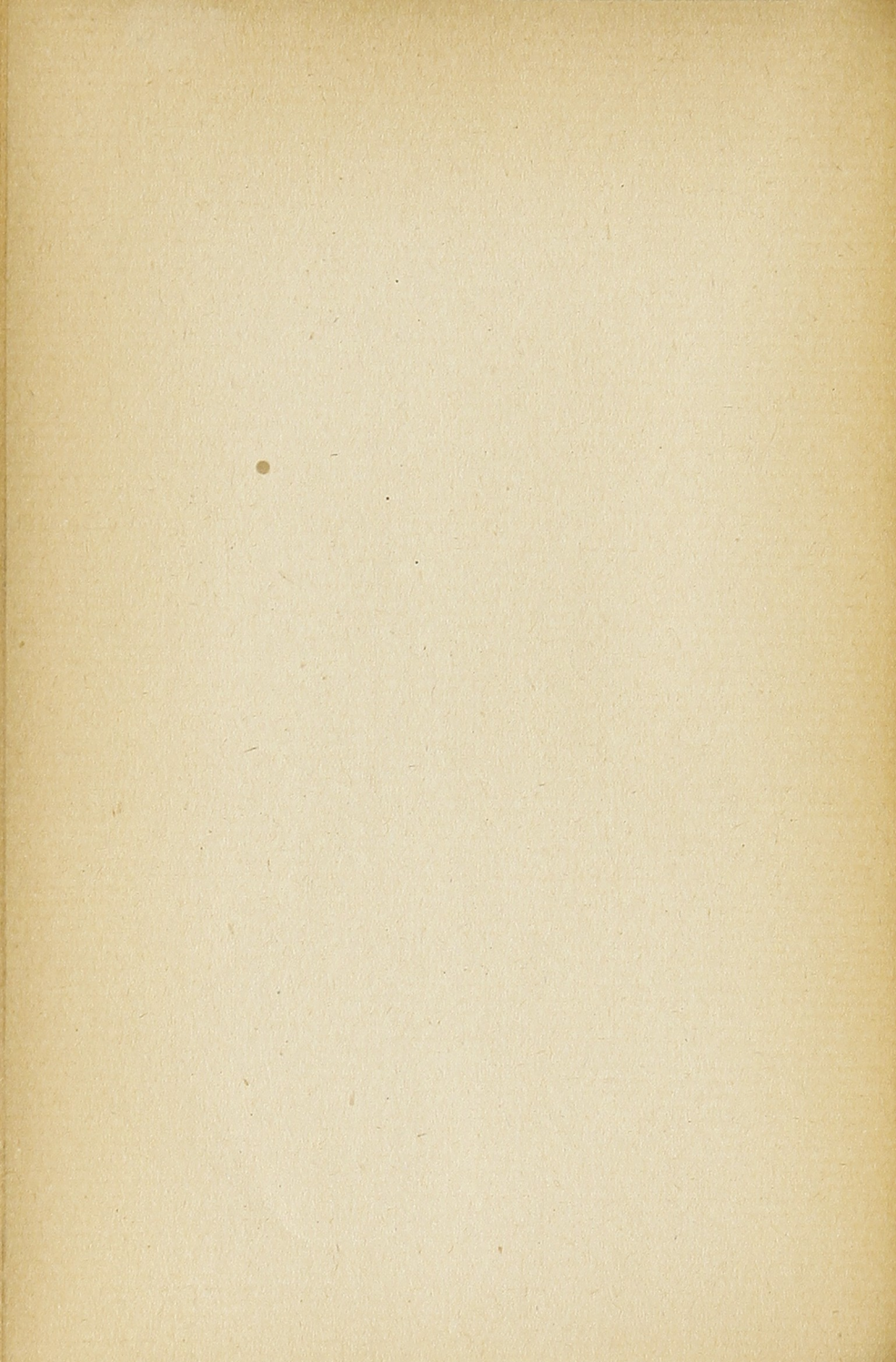
El ensueño me embarga más y más, y se agita

en mi carne el deseo del hijo, que el más noble
de todos mis ensueños, realizará algún día.
mientras con él deliro y le nombro y le llamo,
acaricio las puntas de mis senos de niña
que le han de amamantar, dándole vida y alma...
¿Alma también?

No sé...

Se enturbia mi alegría
al pensar en que todo lo va a heredar sin duda:
mis ojos, y también mi tristeza infinita,
mi frente pura, pero con sus dudas horrendas,
mis labios escarlata y su melancolía!
Que he de darle tal vez, con la leche, el perpetuo
ensoñar, que el espíritu tan cruelmente aniquila,
mis ansias de ternura y el deseo insaciable
que en la punta rosada de mi lengua palpita!
... Y mi pobre alma hecha de mil contradicciones:
cándida a veces: otras, un nudo de malicias.
¡Tan abnegada siempre! Perversa sin embargo...
¡Alma en que lo más bueno y lo más malo, anida!
Lloro desconsolada sobre la verde alfombra,
mientras tanto mis labios temblorosos suplican:
¡Haced, Señor, que sean mis entrañas estériles!
¡Señor, nunca prolongues mi vida en otra vida!

Laxitud



Como en mullidos cojines
sobre la arena me aduermo
con tal laxitud, que ignoro
si estoy despierta o si sueño.
Me absorbe el mar, y me abismo
en el más hondo silencio,
mientras cerca de mi charlan
frívolos los caballeros.

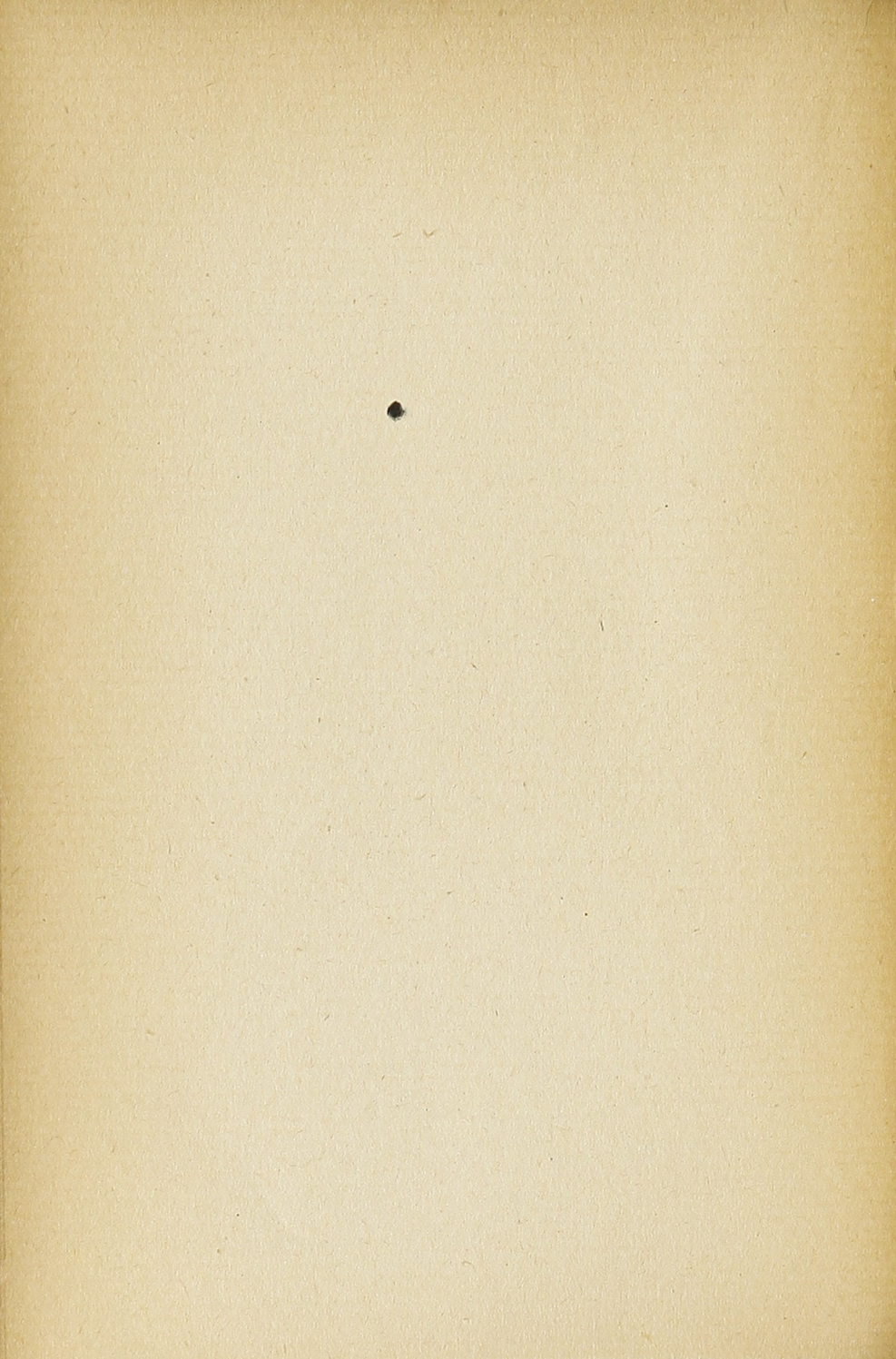
Es una blanda techumbre
de sedas claras el cielo;
son azules las montañas
y el mar es un lago trémulo...
y por las nubes y el mar
se me ha ido el pensamiento...

Ríen las muchachas, y
charlan con sus caballeros,
mientras que mi voluntad
se desvanece en un sueño...

Dice el amor en mi oído
la flor de sus discreteos,
y yo le escucho y sonrío,
sonrío y no le comprendo.
Pero miro aquella nube
que se pierde allá a lo lejos,
porque en esa nube blanca
cabalga mi pensamiento.

...Mientras tanto se hace ardiente
el que fué tímido ruego,
y de implorarme, se tornan
los labios que imploran, trémulos...
Pero no escucho al amor,
no le escucho ni le entiendo,
y en tal laxitud, no sé
si vivo aún, o ya he muerto.

Pensamientos de Otoño



Inquietud del Otoño,
soledad de los parques,
tristeza de las cosas,
languidez de los árboles.

Cielos de esmalte grises...
Otoño oro y blancura,
¡tu sol es blanco y frío
como la luna!...

Nacen en ti los vientos,
hijos que son del Ogro,
y roban a los parques
sus tapices de oro.

Otoño pensativo,
Otoño de la tierra,
¡para mí has sido, Otoño,
la Primavera!

II

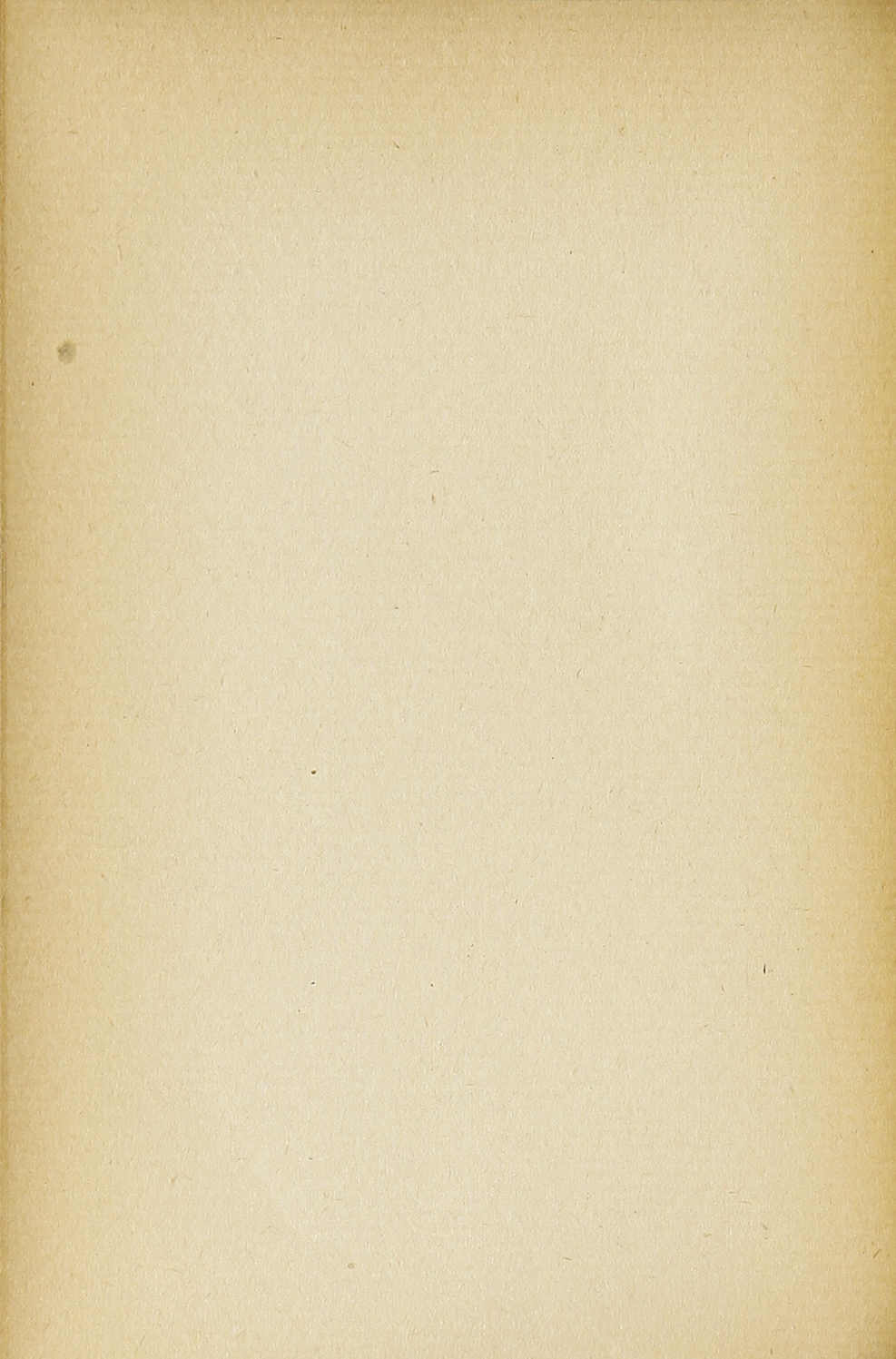
De jugar cansadita
a la madre te acercas,
juntando a mis mejillas
tus mejillas de seda.

Mi inquieto amor te atrae,
mi inquieto amor te besa...
¿Eres mi primer hijo
o mi última muñeca?

¿No tienes frío, díme?
El Otoño comienza...
¡Qué te importa el Otoño
si soy tu Primavera!

Para ti han sol mis ojos,
mi pecho savia fresca,
mis brazos cuna tibia,
mi amor, ternura inmensa...

¿Qué te importa que el viento
silbe iracundo afuera?
¡Otoño es de los niños
que tienen madre muerta!

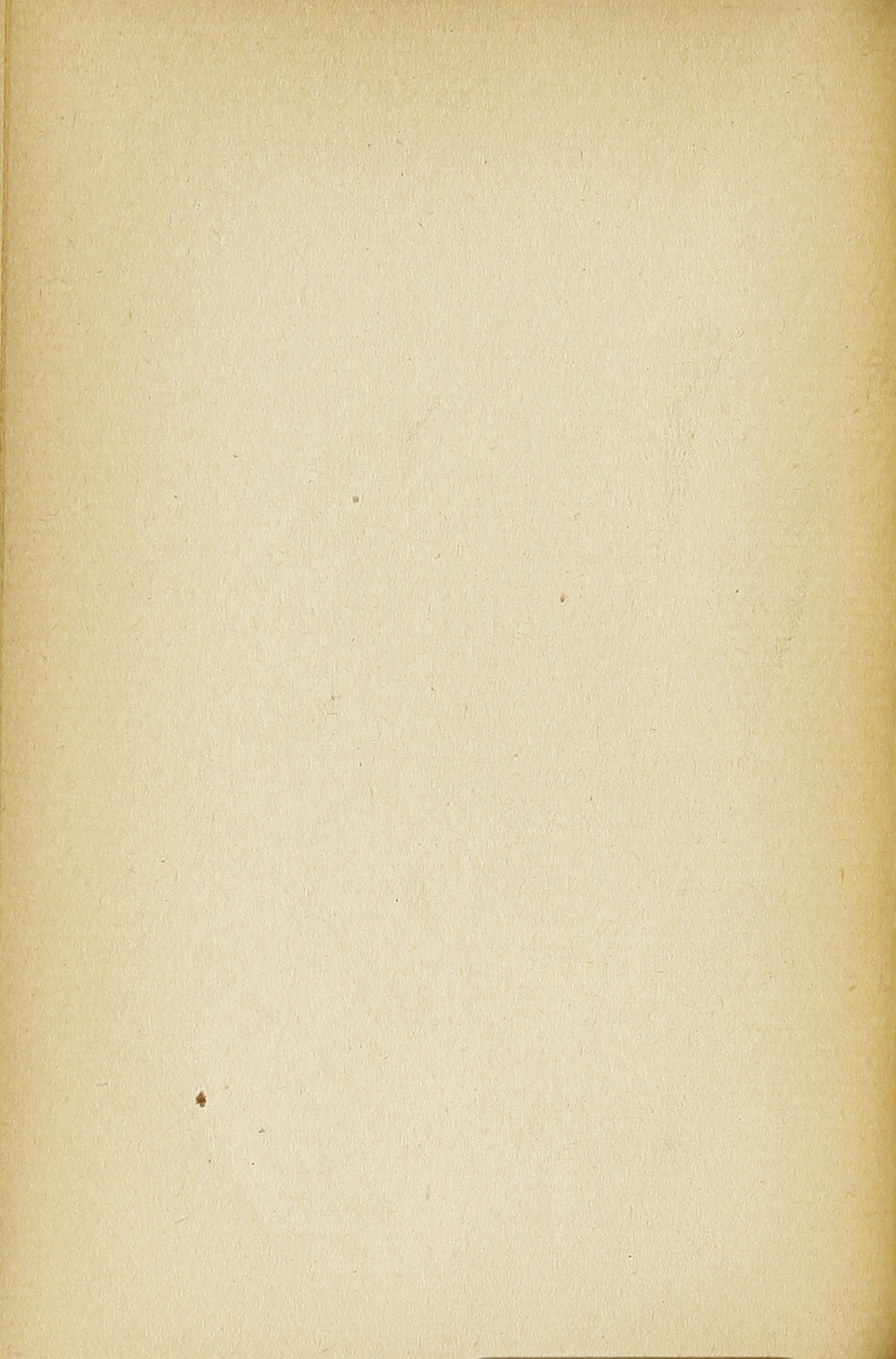


Miedo

Llegó hasta el fondo mismo lívido de la muerte,
y cuando abrió los ojos a la vida de nuevo,
a su lado dormía ¡milagro de milagros!
su vidita de flor entre nevados lienzos.

Las entrañas exhaustas, la madre estaba blanca
como la cera blanca, más la miró sonriendo
con un enorme asombro que era dicha en los ojos,
y en los pálidos labios un temblor que era miedo...

Llanto



Sobre el almohadón mullido
su palidez es tan pálida,
que la rosa de sus labios
se ha vuelto una rosa blanca.
La recién nacida llora
con llanto que turba el alma...
¡Llanto de recién nacida,
pena obscura, queja larga,
inconsciencia del dolor
en un alma que aún no es alma!
Se acrecientan las ojeras
de la madrecita pálida,
y su palidez se torna
más grave y atormentada.
Llanto de recién nacida,

calla, calla, calla, calla...

Llanto que su pecho fino

atraviesas como espada,

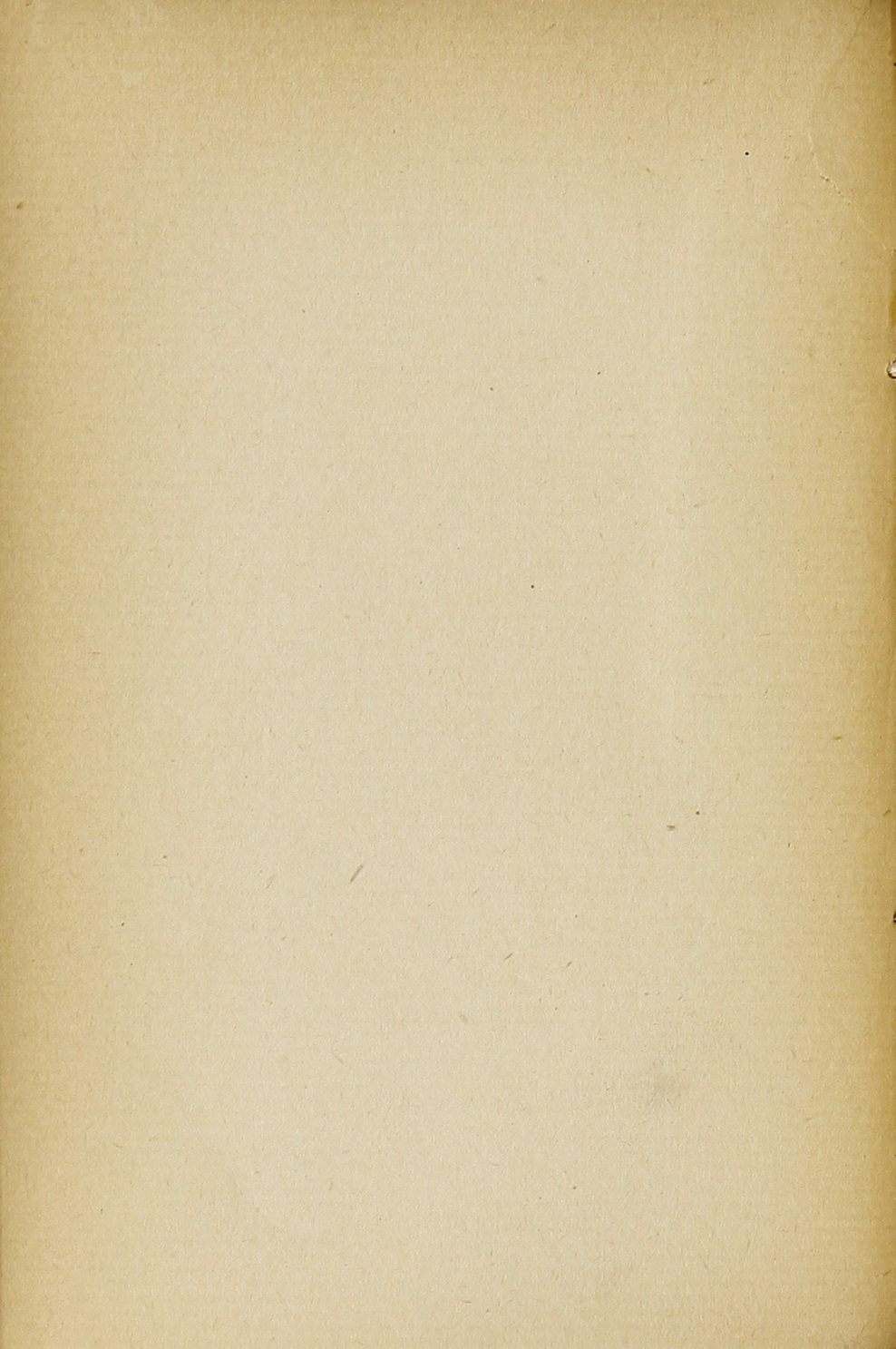
estás llenando sus ojos con el agua de tus lágrimas!

Grito tenaz que parece como si la reprocharas,

Grito de recién nacida,

calla, calla, calla, calla...

Juguetes



Oso de piel paciente
que la diviertes tanto
con tus grandes ojeras
y tus flácidas piernas de trapo,
eres su predilecto,
su juguetito amado.

Se ríe cuando puede tirarte contra el suelo,
y en tu gruesa barriga
vibra gozoso el sonajero...
Porque la haces dichosa
tanto como ella yo te quiero!

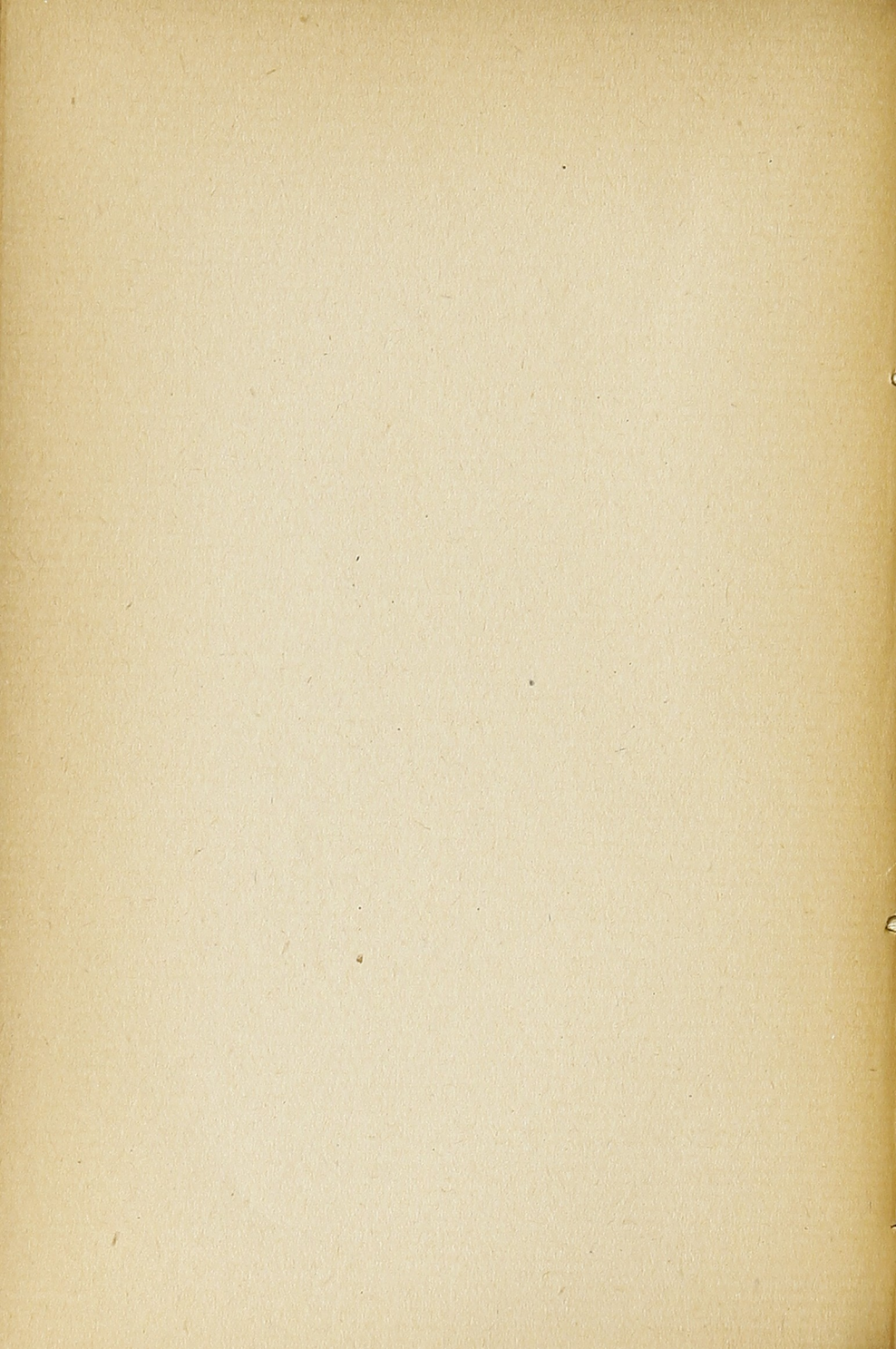
Ya saben dar besitos dulcísimos sus labios,
y su boquita oprime

tus mejillas de trapo...

Por eso yo te beso

donde ella tantas veces te ha besado!

Don Juan



Tiene un destello de crueldad, la dura
mirada de sus ojos verdeantes,
mientras que sus palabras insinuantes
simulan una cálida ternura...

Ficticias esperanzas de ventura
prueban, una por una, sus amantes
que como mariposas suspirantes
quemán sus alas en la llama impura.

Y él, que no tiene corazón, se ríe
del artificio con que sigue urdiendo
la vil comedia de sus emociones.

¡Y siempre hay alguien que en su amor confíe,
porque el nuevo Don Juan pase exhibiendo,
la mano en alto, un haz de corazones.

En el álbum de Doris



Para la niña de ojos claros
que no ha encontrado todavía
en el dolor placeres raros
ni en el amor melancolía.

Para la niña de ojos puros,
¿dónde encontrar la blanca idea
que le provoque sueños dulces
y siendo triste, no lo sea...?

Para la niña rubia y blanca
que acaso siente aún tristeza
porque nació niña tan sólo
pudiendo haber sido princesa,

¿Qué he de decir? Problema grave...
¿Ensueños raros? ¿melodías
en que halla amor y halla inquietudes?...
¡Pero es tan niña todavía!

No fué su frente lastimada
por los furiosos vendavales
porque alejaron las tormentas
los blancos besos maternos.

No sabe nada de la vida...
mas hoy, ya posa en el umbral
de la existencia el pie indeciso...
No sabe nada... Ya sabrá.

Acaso hoy sienta la primera
melancolía... Va a viajar...
La despedida es siempre grave...
¿Nadie se marcha sin llorar!

Graciosa niña de ojos claros
¡qué encuentres la felicidad
y que hoy y siempre te cobije
el blanco beso maternal!

Retrato de ella

Retrato de ella
que me acompañas sin mirarme,
que me acaricias sin hablarme,
retrato de ella...

Sobre mi mesa estás
en su actitud, gracia infinita,
como una rubia margarita
sobre mi mesa estás.

Dulce dulzura mía
ensimismada en su delirio,
pálida y triste como un lirio
dulce dulzura mía.

De tu inquietud, de tu locura,
toda mi vida está pendiente.
Labios cerrados y dolientes,
ojos transidos de ternura...

Retrato de ella...
Ella se marcha, tú jamás!
Tú siempre me acompañarás
retrato de ella...

Al margen del hermano Asno

El autor, nó, el poeta, concibió un fray Rufino
de lumbre y castidad, que creó con ternura.
Puso en él santidad y puso en él locura;
¡qué de santo y de loco ha mucho fray Rufino!

Paso a paso he seguido toda su vida pura
¡poverello! y en tanto la seguía con tino,
se cegaban mis ojos con su fulgor divino
y emblanquecía mi alma con su enorme blancura!

Yo que miré en la noche el andrajo aterido
de sus carnes, yo, digo que el autor ha mentido.
No ví al Hermano Asno... Sólo ví un santo, un
[santo,

que porque descansáse el pobre can enfermo
le velaba ladrando en el silencio yermo
mientras que mi alma triste se deshacía en llanto!

Exaltación

Acompasadamente galopa mi caballo,
acompasadamente por la playa desierta...
¿Dónde voy en huída? ¿Dónde voy a perderme
ebria de luz, de sol, de inquietud y de pena?

Ni un alma, ni un encuentro en el camino de oro...
Galopa mi caballo... De finísimas perlas
me salpica la mar, mientras me azota el rostro
batida por el viento la loca cabellera.

En el espacio forman las gaviotas errantes
un prolongado manto de dulces alas trémulas,
y el mar es como un lago que canta y se adormece
tras de una larga cólera desordenada y fiera.

En deleitoso baño de paz y de luz clara
se aduermen mis delirios... Hay singular belleza
en todo, en todo, aún en el amenazante
fantasma, que simula aquella roca negra.

Parece que respiro el alma del crepúsculo,
que me han nacido alas...

En lo alto una, estrella
se abre como un jazmín...

Galopa mi caballo,
galopa mi caballo, por la playa desierta!

Ingratitud

Por el camino de los buenos
—agrio camino—iba tu vida,
limpia de sombras la mirada,
de todo mal el alma limpia,
dándole a todos bien por males,
flores fragantes por espinas...

Y yo traía senda opuesta,
más amplia y fácil, más sencilla
De entre los labios juveniles
me desbordaban las sonrisas,
y mi egoísmo indiferente
por cada flor daba una espina...

Y caminando, caminando

nos encontramos en la vía.
Al ver tu ejemplo doloroso
se me borraron las sonrisas,
y se inundó de amargo llanto
la placidez de mis mejillas...
Cogí tus manos lastimadas,
curé con besos tus heridas,
y te ofrendé todas mis flores
en haz confuso, yo, tan frívola!...

¡Oh ingratitud! Tú que eras bueno,
ahí me dejaste de rodillas.
Para quien más te amó, no tuvo
tu labio altivo una caricia,
¡y fuiste malo, y me cambiaste
todas mis rosas por espinas!

INDICE

	PÁGS
Los poemas del último amor.....	9
Yo miré las horas.....	13
Y para amarte así.....	19
A pesar.....	23
Veinte años nada más.....	27
Confidencias.....	31
Como quieren los niños buenos.....	35
Soneto pueril.....	39
Renovación.....	43
No entendió.....	47
Es tenaz mi esperanza.....	51
Su carta.....	55
Feminidad.....	59
Me pesaba su nombre.....	63
Meditación profana.....	67
Laxitud.....	71
Pensamientos de otoño.....	75
Miedo.....	81
Llanto.....	85
Juguetes.....	89
Don Juan.....	93
En el álbum de Doris.....	97
Retrato de ella.....	101
Al margen del hermano asno.....	105
Exaltación.....	109
Ingratitud.....	113



2

